

ABC de Sevilla *en la cultura*

Recuerdos de una tarde de domingo: el Blanco y Negro

Carmen de ZULUETA

Este verano mi hijo y su familia han pasado tres semanas del mes de agosto conmigo, en mi casa de Long Island, en la aldea de Remsenburg. Durante ese tiempo he podido apreciar cómo se entretiene un niño español de catorce años del siglo XXI.

Mi nieto Ricky se había roto la tibia jugando en un campamento de verano en Suiza, y no pudo correr, andar en bicicleta ni bañarse con el resto de la familia en la piscina. Tenía que estudiar matemáticas y francés para el colegio. Todas las mañanas,

religiosamente su padre o mi hija le daban clase y le hacían hacer ejercicios de las dos materias y después estaba libre para divertirse. Sus diversiones eran electrónicas. Tenía unos discos que se ponían en un aparato que se llama *playstation* y que daban imágenes de todo tipo de juegos. Una buena amiga mía le trajo una *playstation*, que conectó con la televisión de la casa. Ricky jugaba con su padre o solo, con los discos que había traído de Madrid.

Otra distracción era para él mi ordenador. Dentro de él, Ricky descubrió juegos de todo tipo. Unos eran de cartas; otros de guerreros que luchaban como en las cruzadas, contra infieles, o contra indios pieles rojas. Tenía algún libro, pero no lo vi leer mucho. Estaba enterado por las conversaciones y por lo que veía en la televisión de las noticias diarias, pero no era un gran lector.

Cuando vuelvo en mi profunda memoria a los años 20 del siglo pasado, cuando yo era una niña pequeña y recuerdo las vacaciones de verano que duraban tres meses largos, me veo sentada en una butaca de mimbre en una sala de Sigüenza o de Ávila. Hacía calor. Habíamos comido a la española y era la hora de la siesta y, aunque no te durmieses, tenías que descansar y descansábamos leyendo o mirando revistas de ese tiempo. En Ávila, donde pasamos varios veranos, el sr. Barnés, profesor del Instituto de Ávila, tenía una gran biblioteca en su casa, casa antigua de la familia, en una de las calles céntricas de la ciudad. La sala era oscura, con pesadas cortinas y muebles antiguos en gran cantidad. Había, recuerdo, un brasero brillante de latón encajado en un marco de madera con clavos brillantes, había muchas estanterías de libros de madera tallada, con puertas de cristal antiguo, en rombos unidos por plomo; había mesitas, taburetes, cuadros al óleo con viejos retratos de los antepasados. El sr. Barnés, su mujer Dorotea González de la Calle y sus numerosos hijos habían vivido en esa varios años, hasta que el sr. Barnés ganó una de esas famosas oposiciones a una cátedra en Madrid. Fue entonces cuando el sr. Barnés fue catedrático en el Instituto-Escuela al que yo asistí en Madrid.

Volviendo al verano y a su vetusta casa abulense, diré que allí encontré numerosos libros que me ayudaron a pasar esas horas aburridas de la siesta. En la colección estaban las obras completas de Armando Palacio Valdés, consideradas aptas

para menores. Yo leí allí: *Marta y María*, *La hermana San Sulpicio*, *La alegría del Capitán Ribot*. Supe después que este escritor tan pacato, no lo había sido en sus primeros tiempos, cuando fue muy amigo de *Clarín*, pero que había vuelto a la ortodoxia de la iglesia católica en sus años maduros.

Leí también durante esos largos veranos obras de Pereda, que mis hermanos y yo considerábamos muy pesadas, con largos párrafos descriptivos de la Montaña, y muy poca acción. Las obras de don Juan Valera estaban en las viejas librerías oscuras de la casa de los Barnés. Allí encontré un día *Pepita Jiménez*, que no se consideraba apta para niñas de mi edad, pero mi padre, educador liberal, nunca le puso peros. Él pensaba que la buena literatura es siempre buena para un niño y que lo que se puede considerar inmoral para los adultos, los niños no lo entienden. Me gustó Valera y, muchos años después, cuando estudiaba en Nueva York en la *New York University*, leí muchas de sus obras, cartas, y me interesé por su vida y sus amores, ya casado, con una americana, cuando él ocupaba en Washington el puesto de Ministro Plenipotenciario de España, ya que aún no había embajada.

Una de mis lecturas favoritas, en verano y en invierno, era la revista *Blanco y Negro*. Siempre la comprábamos en el quiosco que vendía periódicos en la Glorieta de la Iglesia, al lado de casa, ya que vivíamos en Martínez Campos, 1, que hacía esquina con la Glorieta. Eso era en invierno, generalmente al salir de misa de las Esclavas, también en Martínez Campos. En verano se vendía en algún puesto de prensa o en una librería del pueblo donde pasábamos el verano.

El *Blanco y Negro* era una revista pequeña, con una tapa en color en un estilo *art nouveau*, muy de la época. Se había fundado en 1890, antes de la guerra de Cuba y antes del desastre del 98. La publicó la misma editorial del *ABC*, propiedad de Torcuato Luca de Tena. La editorial construyó por los años 20 un edificio en la Castellana, en un estilo pseudo-árabe, como el de la Exposición de Sevilla, en plena dictadura de Primo de Rivera, que aún existe y que alberga hoy el Centro Comercial del *ABC*, con entrada por la calle de Serrano y por la Castellana. Cuando salió representó un estilo nuevo. Su antecesora, *La Ilustración Española y Americana*, que convivió 20 años con el *Blanco y Negro*, era un símbolo de la vida decimonónica, de la lectura de la revista sobre la

camilla, a la luz del quinqué, con la familia alrededor, niños y grandes, viendo las grandes láminas grabadas por artistas españoles y también europeos. Hace años, cuando investigaba el teatro de la época de Galdós, para una edición de una correspondencia entre Galdós y José de Cubas, sobre teatro, leí muchas reseñas teatrales en la *Ilustración*, hojeando la revista en números que correspondían a la guerra de Cuba, leí una nota que decía algo así como: “Aunque la fotografía existe ya como un medio de la publicidad, *La Ilustración* considera que el grabado artístico es más valioso”. A continuación, un grabado representando la cubierta de un barco en una batalla en que unos marinos españoles caían heridos por las balas americanas. Al pie, el letrero siguiente: “Los marinos españoles mueren pero no se rinden”.

El *Blanco y Negro*, desde su comienzo, acepta la fotografía como el medio preferido para ilustrar sus artículos, pero no desecha el grabado. Sus páginas contienen numerosos grabados y dibujos de artistas conocidos, así como las fotografías de los acontecimientos de actualidad.

El *Blanco y Negro* comienza su publicación en 1890, antes del “desastre”, pero no se presenta como una voz agorera del desastre; todo lo contrario, es un canto a una España nueva, moderna. Una España esperanzada, que se identifica con una Europa moderna y científica. El autor Fernando García de Cortázar, en su libro *Los mitos de la España moderna*, describe como uno de esos mitos el de que 1898 y sus años siguientes son años de depresión cultural y política en España. La realidad no fue así. En España se empieza un serio movimiento científico, industrial y literario, que trata de poner al país al nivel de sus vecinos europeos.

Santiago Ramón y Cajal, médico aragonés que amplía sus estudios en Madrid, decide dedicarse a la histología. Empieza su carrera como catedrático de anatomía en Valencia y continúa en Barcelona como catedrático de histología, hasta que en 1892 gana la cátedra de esa materia en Madrid. En 1906 gana el premio Nobel de Medicina compartido con C. Golgi, por sus investigaciones acerca del sistema nervioso.

Su modesto laboratorio en los Altos del Hipódromo está cercano a otro modesto laboratorio, una especie de chabola cubierta de hiedra, donde otro investigador español, Antonio de Zulueta, hermano de mi padre, hace investigaciones de genética.

Esta investigación “por libre” es difícil y el ministro liberal Santiago Alba firma un decreto en 1907 creando la Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas, una organización inspirada por Don Francisco Giner de los Ríos, el alma de la Institución Libre de Enseñanza, pero organizada por su secretario permanente José Castillejo.

¿Quién fue ese Don Francisco Giner y qué fue la Institución Libre de Enseñanza? Hay que remontarse al siglo XIX, al reinado de Isabel II y ver los problemas en la Universidad de Madrid, donde el ministro de Fomento, Manuel Orovio, emprende la lucha contra los profesores que no quieren enseñar el texto oficial de historia de España o de otras materias, como la filosofía o el derecho. Estos profesores entre los que se encuentran Francisco Giner de los Ríos, Salmerón, Quiroga, enseñan sin texto. La clase es un diálogo socrático en el que el profesor y los alumnos van descubriendo con preguntas y respuestas los temas que se han de estudiar. Se recomiendan libros, pero no hay un texto oficial. Se los llama “los textos vivos” y el gobierno los persigue y hasta los destierra a lugares lejanos de Madrid. Este grupo en 1876 decide fundar una universidad libre, basada en universidades libres que existen en Europa y eligen como guía a un filósofo neo-kantiano poco conocido que se llama Krause. La primera figura en este deseo de estudiar de otra manera es Julián Sanz del Río, que va a Europa y estudia con los discípulos de Krause en Alemania y vuelve a España decidido a implantar la reforma en la universidad que enseña aún la filosofía tomista.

La Institución Libre de Enseñanza no llegó nunca a ser una universidad. Se quedó en una escuela primaria y secundaria que no seguía los programas oficiales, pero fue el motor principal en el cambio de todo el sistema educativo español. Ese cambio empezó con la creación de la Junta para ampliación de estudios. El ministro Santiago Alba organizó un patronato con un presidente que fue Santiago Ramón y Cajal y que incluía todo el espectro político de la España de entonces, desde la derecha conservadora, hasta una izquierda casi socialista. Su secretario, durante los años que duró – acabó en 1936 – fue José Castillejo y Duarte, profesor de Derecho en la universidad y discípulo de Giner.

Castillejo fue el promotor de las pensiones para estudiar en el extranjero, pensiones que mandaron a países europeos a más de mil españoles. Considerando la población de España en esa época, esos mil españoles de todas clases, especializados en todo tipo de investigación, fueron, a su vuelta a España, la levadura que hizo que el primer tercio del siglo XX fuese de gran desarrollo cultural y artístico. Fue también el momento político en que la izquierda, cansada de la política del Rey de Alfonso XIII, que nombraba dictadores cuando el Congreso reclamaba responsabilidades políticas, proclamó la Segunda República española que terminó, desgraciadamente, en la cruel Guerra Civil y el triunfo del dictador Francisco Franco.

Al mirar hacia ese pasado, ya lejano, tenemos que aceptar la importancia de ese primer tercio del siglo XX en el que convivían en Madrid Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y Federico García Lorca. El *Blanco y Negro* es un espejo, algo limitado por sus ideas de derecha, de ese renacimiento cultural que algunos críticos han llamado la Edad de Plata, contraponiéndola al famoso Siglo de Oro.

Hace unos días me he dirigido a la Biblioteca Pública de Nueva York, *The New York Public Library*, situada en la Quinta Avenida, esquina a la calle 42. Esa biblioteca es el ejemplo máximo del servicio público que existe en los Estados Unidos, representado por la biblioteca pública. En España, donde ese servicio apenas empieza hoy en algunas ciudades, y donde la Biblioteca Nacional es una fortaleza construida principalmente contra el lector inocente que quiere consultar algún libro o periódico antiguo, el concepto de la biblioteca en todos los pueblos del país es algo que aún no se comprende.

La *Public Library* de Nueva York, en su edificio construido a principios del siglo XX, tiene una inmensa colección de libros en todos los idiomas del mundo y unos depósitos subterráneos que albergan esos libros, que, unidos en una línea recta, serían de más de cien kilómetros. Es completamente libre. Cualquier individuo puede entrar y escribir su papeleta y el libro aparecerá unos minutos después en uno de sus amplios salones de lectura. Esta es una realidad que a los españoles les cuesta mucho asimilar. El escritor y crítico literario Dámaso Alonso, que dictó cursos en las universidades de

Princeton y Harvard, escribió un delicioso ensayo que se titula *Mis bibliotecas*, en el que describe en una forma humorística lo que yo acabo de decir.

Así, una mañana hace unos días, me dirigí en un autobús a la Biblioteca. Está en la Quinta Avenida, y el autobús se para en la misma puerta.

Después de averiguar que el *Blanco y Negro* está conservado en microfilm, fui a la sala donde están todos los microfilmes y pedí el mío. Una empleada me indicó cómo se usa la máquina para leerlo, una entre doce o más, y empecé mi nostálgica lectura. Me concentré en el año de 1925, cuando yo tenía nueve años, la edad en que me fascinaba la revista. Aunque tenía una sección infantil que se llamaba *Gente menuda*, lo que me interesaba era la revista para el lector normal, la infantil era demasiado infantil para mí. Miré un ejemplar del domingo 4 de enero de 1925. Vi que el precio de un ejemplar era de una peseta en toda España. El índice-sumario da una serie de secciones. Una primera, sin título donde aparecen los artículos, cuentos, entrevistas, más o menos el cuerpo principal de ese número.

Hay después otra sección que se llama “Actualidades”, que tiene las notas gráficas de la semana: el árbol de Navidad por Sileno (un dibujante de caricaturas) y otro dibujo por Fresno del general Primo de Rivera. La sección “Gran Mundo” tiene una semblanza de la embajadora de Inglaterra; una crónica de sociedad por “Mascarilla”; *El castillo de Bonnetable*, por Montecristo y “Frivolidades”, por J. Spottorno y Topete. Este escritor, pariente de la mujer de Ortega y Gasset, se movía en el mundo diplomático de Madrid, y en su sección *Frivolidades*, cuenta los chismes que corren entre la clase alta. El “Gran Mundo” no se limita a la alta sociedad española, sino que invade el mundo diplomático y visita la Legación de Portugal donde vive la Sra. De Mello Barreto, representante del país vecino y que han honrado los Reyes con su presencia.

Se menciona también la Embajada de Francia. La mujer del embajador, sra. Peretti de la Rocca, ha dado un té a Antonio de Hoyos.

El palacio de Liria, residencia de los duques de Alba en Madrid es también parte de esta crónica social que firma *Un ingenio de esta corte*, que no sé bien quién es. Lo que me ha interesado más es que el cronista nos relata que la duquesa de Alba recibe

clase de Filosofía por el profesor García Morente, que le explica Leibnitz. En mi juventud se hablaba mucho de las duquesas y condesas que asistían a las conferencias de Ortega y Gasset en la Residencia. Eran la duquesa de Alba y también la Condesa de Cuevas de Vera, “Tota”, como se la llamaba. Esa condesa aparece en su residencia con unos cuadros de José de Togores que ha triunfado en una exposición en Berlín.

En la sección de “Deportes”, el conocido escritor, Wenceslao Fernández-Flórez, escribe una nota titulada: “Algunos reparos a la aviación” seguida de “La semana deportiva” por J. A. Sánchez Ocaña. Como revista moderna el *Blanco y Negro* dedica bastante espacio a los deportes, algunos nuevos otros no tanto. Se reseña el campeonato de galgos, un deporte de la aristocracia rica y el campeonato de fútbol, ya entonces el deporte del pueblo, que empieza a competir en este momento con la llamada “fiesta nacional”: las corridas de toros. El fútbol es parte de esa nueva España que se asoma en el principio del siglo XX. En el colegio, la Institución a la que yo fui desde los dos años, jugábamos al fútbol, chicos y chicas, sin uniformes ni insignias, sólo con las botas de ternera que calzaba todo buen institucionista en invierno. No teníamos un campo limitado, sino que jugábamos en el pequeño jardín de Martínez Campos 14, y una señorita nos vigilaba y llevaba la cuenta de los goles que cada equipo hacía contra el otro. Yo era muy mala, pero disfrutaba de este juego en el que todos ganábamos a nuestra manera. En años posteriores, en el Instituto-Escuela, seguimos jugando al fútbol, pero añadimos el balón-cesto, y muchas carreras de relevos.

Como la casa en que vivíamos, en Martínez Campos 1, hacía esquina con la calle de Alonso Cano, desde nuestros balcones presenciábamos los partidos de fútbol que tenían lugar los domingos por la tarde en el campo del Race, en Alonso Cano, esquina a Martínez Campos. Ese terreno se construyó años después y el edificio tenía un cine, el Anaya, al que yo he ido muchas veces con mi tía Mercedes, porque estaba en el barrio y se podía ir andando, sin tener que meterse en el centro.

Más interesante para mí es la sección “El teatro”, que empieza con “Los estrenos en Madrid, provincias y extranjero”, por Rodolfo de Salazar, y sigue con “El dominio del gesto: Fisonomías de María Guerrero”, por G. Martínez Sierra. “Los grandes éxitos: “La Dolores”, por E. Ramírez Ángel y “Cómo escribo yo una comedia”, por Manuel

Linares Rivas. “La mujer y la casa”, a continuación, da los modelos de la estación por la Condesa d’Armoville, labores, páginas útiles, consejos, etc. De aplicación doméstica: “El arte del hogar”, por Dy Safford. Termina el índice-sumario con la sección: “Originales diversos” que es una especie de cajón de sastre con poemas, curiosidades e inventos, novela, pasatiempos y concursos.

En ese mismo número del *Blanco y Negro* hay una página entera dedicada al tema: “¿Qué le pediría usted a los Reyes Magos?”. Las preguntas van dirigidas a personalidades como Ramón y Cajal, Antonio Maura, el general Primo de Rivera, el político J. Sánchez Guerra, el no menos político Conde de Romanones; los escritores Francisco Rodríguez Marín, Manuel Machado, Pedro Muñoz Seca, Alejandro Pérez Lugín, y Pedro Mata. Los actores E. Thuiller, María Guerrero y la Argentinista.

Aunque la lista refleja una orientación hacia la derecha con la inclusión del dictador Primo de Rivera, no deja de ser bastante completa. Me sorprende que entre los escritores no esté Jacinto Benavente, pero no creo que la omisión sea intencionada. Las respuestas son interesantes también, aunque algunas son las obvias para salir del paso.

Me ha interesado especialmente la de Ramón y Cajal en la que dice: “Y además les pediría que infundieran a nuestros jóvenes *bien*, en vez del afán de imitar los vicios y costumbres deplorables de los pueblos extranjeros, la ciencia, la energía y las virtudes cívicas a que deben su prosperidad y poderío”. Esta petición se podría hacer hoy en día, casi ochenta años más tarde.

El conde de Romanones, político hábil que no soltaba prenda nunca, dice: “Malos están los tiempos, malos, para pedir nada a los Reyes – claro es que a los Reyes Magos -; pero como en pedir no hay engaño, yo les pido que nos concedan lo que ahora no tenemos y que tanta falta nos hace”. No dice qué es lo que tanta falta nos hace y de esa manera contenta a unos y a otros. El lector debe suplir lo que no se dice.

Yo conocí al conde de Romanones durante los veranos que pasamos en su feudo, Sigüenza. Sigüenza tenía como casi todas las ciudades castellanas un paseo, una alameda, cerca de un río que daba el agua que necesitaban los álamos y el frescor del agua que corre.

Todas las mañanas bajábamos a la alameda y jugábamos allí no sé bien a qué, pero nos sentábamos en unas sillitas de metal, típicas de los aguaduchos, junto a unos veladores de grueso cristal y bebíamos gaseosa de bolita. Pasaba entonces el barquillero con su lata de barquillos al hombro y nosotros jugábamos con cinco o diez céntimos a la ruleta que llevaba en la tapa. A veces ganábamos mucho, pero la avaricia infantil rompía el saco y nos quedábamos con muy pocos barquillos.

En esa Alameda se sentaba, a una cierta distancia del aguaducho el Sr. Conde que bebía cerveza y conversaba con sus amigos y con el cura de la parroquia. Era muy aficionado a la caza, como casi todos los castellanos antiguos, y cuando se abría la veda, salía con su escopeta y sus amigos a la caza de perdices y codornices. Como era cojo, y no podía andar muy bien por los rastros, las malas lenguas decían que iba a lomo de cura. Yo no lo sé; lo que sé es que por el mes de setiembre un criado elegante con un chaleco de rayadillo verde y negro, camisa blanca y corbata negra, tocaba el llamador de nuestra vieja casa y venía con un manojo de perdices patirrojas y las entregaba a la muchacha con el recado de que las enviaba el sr. Conde para el sr. Zulueta.

Volviendo a la lista de las personas célebres, Pedro Muñoz Seca, el autor famoso entonces de obras cómicas dice: “Soy tan monárquico, mi monarquismo se ha enfervorizado tanto estos días, que cualquier cosa que me pusieran los Reyes, aunque fueran unas críticas de Alsina o de Mesa, las aceptaría sonriente”. No sé quién fue Alsina, pero por el contexto se adivina que fue un crítico de teatro, como lo era Enrique de Mesa, institucionista de pluma muy fina.

La petición de María Guerrero, la actriz más famosa en esa época es breve: “¡El teatro Español para mientras viva!”. Se refiere evidentemente al local del Español, con sus oros y terciopelos granates. No conocí a María Guerrero pero su nombre llenaba las carteleras de Madrid. Fue la gran figura del teatro de ese tiempo. Casada con Fernando Díaz de Mendoza, ejecutaban grandes dramas españoles y extranjeros en el Teatro Español. Recuerdo ver sus fotos en el *Blanco y Negro* en los estrenos de Marquina, el gran amigo de mi padre, que le mandaba siempre un palco. Yo nunca iba a esos estrenos, era muy pequeña, pero mi hermano Luis, al que llamábamos Biti, sí iba y me los contaba después.

La Argentinita (Encarnación López, Buenos Aires 1905-Nueva York 1945) considerada como la mejor bailarina y cantante de ese momento, dice: “Que me dieran siempre juventud, arte y belleza y lujosa presentación”.

Recuerdo muy bien a la Argentinita durante los años en que vivió y bailó en los Estados Unidos. Fue muy famosa entre los republicanos que entonces vivíamos en esa ciudad, ya que ella se fue de España y trabajó en el extranjero. Era amiga de la familia de Fernando de los Ríos y de los García Lorca. No sé si yo la llegué a ver en escena, ya que eso era caro, pero oí hablar de ella muchísimo.

Este cuestionario a los famosos de la época me ha interesado, no tanto por lo que contestan que es bastante obvio, sino por la selección hecha por la revista.

Al releer esos viejos *Blanco y Negro* de mi infancia, me he dado cuenta de que no hay hoy en España una revista que pueda competir en universalidad y tono general con mi *Blanco y Negro*. Ninguna de las que ojeado estos días pasados en Sevilla y en Madrid me ha dado el tono de la vida en la España actual; ninguna cubre el espacio que cubría el *Blanco y Negro*. Son revistas de cine, de amores de los ricos y famosos, de libros, pero no reflejan lo que hoy es España.